visto moscovito mal cevil (1) ni más mal criado que este, ya que todos los de su nacion lo sean. Su embaxada es la misma que V. M. entendió del que vino á Praga á V. M.

Ayer vino acá la Reina de Francia con diez y seis galeras; y como se habia hecho una puente para la salida de la galera, estando S. M. en ella rescibiendo la dicha Reina, quebrose por donde S. M. estaba y cayeron el Emperador y Reina dentro de la agua hasta mojarse algo, sino que luego fueron socorridos; empero otros grandes señores, y entre ellos el Arzobispo de Santiago, se hallaron dentro de la mar fasta el pescueço; y pasado todo en risa y en burlas, aunque no con satisfacion de Andrea Doria, todo el dia se pasó en banquetes y conversacion, estando á solas el Emperador y la Reina todo el tiempo que duró. A la tarde tornose la dicha Reina á Villanova. Truxo una infinidad de damas y á la Delfina entre ellas, y mucha gente, de la cual eran los principales el Cardenal de Lorena y el Condestable.

Por la copia:

A. Rodríguez Villa.

II.

DE ILIBERRI Á GRANADA.

El sitio de Iliberri es la cuestión de geografía española que ha dado pie á debate más enconado y largo. Cuatro siglos lleva planteándose con recursos varios; los testimonios alegados son numerosísimos; muchos eruditos nacionales, y aun sabios extranjeros, interesados por las cosas de España, allegaron sus talentos para resolverla; todos se persuaden del éxito, y sin embargo la excisión dura, y por más que algunos cambian de opinión con frecuencia, un juicio definitivo nunca se abrió paso. Por mí, sólo pretendo añadir un trabajo más á la ya copiosa

(1) Sic: por más incivil.

bibliografía iliberritana (1), con esperanza, como todos, de resolver el problema, y convencido, como todos también, de hallarme en lo cierto.

Es el campo de controversia para los modernos la interpretación y concordancia de los textos árabes, respecto de los que se han fabricado sistemas tan antojadizos, llenos de hipótesis y callando, desechando ó tergiversando citas á cada paso, que nadie se extrañará de verlos rechazados en buena crítica. Dozy, con la tercera edición de sus *Recherches*, llegó al buen camino, exponiendo una teoría más razonable y de claridad seductora, que luego el análisis deja en apariencias, pues ahondando resultan cuestiones no explanadas y datos que aún se contradicen, así como la más feliz de sus conclusiones parece casi un hurto de aquellos que él censuraba con tanto rigor en los demás (2).

Sin embargo, uno de los términos del problema quedaba resuelto por Dozy en el primer artículo de su estudio, al que no habré de añadir sino comprobantes y razones; mas en el segundo, la fuerza de argumentación sobre los textos árabes resulta nula y pasados por alto argumentos comprometedores, pues

---

(1) Entre lo moderno: Simón de Argote: *Nuevos paseos... por Granada*, 1807; I, 53.—Miguel Lafuente Alcántara: *Recientes descubrimientos en sierra Elvira*, etc.; 1842, en *La Alhambra*, pág. 132.—Mariano y Segundo Pineda: *Observaciones...* (contra la memoria anterior); en ídem, pág. 193.—Castro y Orozco, marqués de Gerona: *Examen de las antigüedades de sierra Elvira*, 1842; en sus obras, II, 5.—Fernández Guerra: *Notas para la historia de Granada*, en *La Alhambra*, 1841, pág. 24; *Epigrafía romano-granadina*, 1867.—Dozy: *Recherches*, etc.; 2.ª edición, 1860, I, 328; 3.ª edición, 1881, I, 327; artículo bibliográfico sobre la *Descripción* de Simonet, en el *Diario asiático alemán*, 1862, pág. 595.—Simonet: *Descripción del reino de Granada*; 1.ª edición, 1860, pág. 27; 2.ª edición, 1872, págs. 26 y 227; *Cuadros hist. y descr. de Granada*, 1896, pág. 1.—Estébanez Calderón: *Epístola aljamiada á medias*, etc., en *La España*, 1861.—*Hübner: Corpus inscript. latinar.*, II, 1869 y 1892, págs. 285 y 882; *Granada*, en *Deutschen kundschau*, 1890, pág. 358.—Oliver: *Iliberi y Granada*, en *El arte en España*, 1869, pág. 76; *Granada y sus monumentos árabes*, 1875, págs. 7 y 395.—Góngora: *Discurso leído ante la Univ. de Granada*, 1871.—Delgado: *Nuevo método de clasificación*, etc., II, 96.—Eguílaz: *Del lugar donde fué Iliberis*, 1881.—Gómez Moreno: *Medina Elvira*, 1888.—Berlanga: *Iliberis*, 1899.

(2) Cf. Simonet: *Descripción*, etc., 1.ª edición, pág. 37.

bien claro debió ver que si los tocaba, caería desvirtuada su tesis, y acogióse al asidero antiguo de las piedras iliberritanas, que corría válido entonces por autoridad de Hübner en su segunda y no última definición. Más tarde ha padecido este argumento, por triunfo del gran mantenedor del elvirismo, y así persevera el un bando con sus textos, el otro con sus piedras y Dozy en medio, á punto de avenirlos, pero desautorizándole ¡cosa extraña! aquellos mismos que hacen armas de los textos árabes, si bien estereotipados y algo rancios.

Cualquiera creería, en vista de tamaño embrollo, que una dificultad insuperable ó erróneas premisas le justificaban, y sin embargo no es así, afortunadamente: hoy, gracias al caudal de testimonios acopiado por los Sres. Dozy, Simonet, Eguílaz y Codera, entre otros, basta una revisión metódica para conciliarlo todo; basta ir recibiendo de buena fe sus declaraciones para obtener con facilidad sorprendente estas concordancias, que espero no rechazará ya una buena crítica: Granada fué Medina Elbira, y ésta fué Iliberri; la Elvira, distante de Granada unos 10 kilómetros hacia oeste, se llamó antes Hádira Elbira y Castilia. Sólo faltaba para ello remover una errata, que ahora salvaremos en definitiva, y llamar la atención sobre las palabras árabes *medina* y *hádira*, reputadas virtualmente sinónimas, en equivalencia de *capital*, lo que es en cierto modo inexacto para ambas, pues *hádira* no tiene otro significado que *residencia*, *estación fija*, *lugar de gente sedentaria;* y respecto de *medina*, su valor se circunscribe á *ciudad*, ó cuando más á *población principal*, *metrópoli*, según dijo Gayangos (1) y Dozy ha probado con ejemplos. Éste de *medina* es título que entraña nobleza histórica, por excelsa fundación ó siglos de esplendor y soberanía, siendo persistente una vez adquirido; mas el de *hádira* lleva su explicación tan sólo en la inquietud de los árabes, y quiere decir que allí habían plantado sus tiendas con fijeza, que allí reunidas habitaban las gentes sedentarias de una comarca. Sin más prevención que ésta, es decir, guardándonos de identificar nombres geográficos, sino

(1) *Mem. sobre la autent. de la cr. del moro Rasis;* pág. 28, nota.

ante declaración expresa de textos autorizados, bastará como prueba transcribirlos *todos*, según su interpretación literal, subrayando las palabras culminantes, y sin omisión, compostura ni subterfugio.

I.

Iliberri ó Eliberri, el antiguo Municipio Florentino, había sido cabeza en los tiempos godos de una provincia eclesiástica, y acaso también civil, que gozó de esplendor hasta lo último, como prueban monedas acuñadas allí bajo Recaredo, Wittirico, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Chindasvinto, Ervigio, Egica y Wittiza. Al sobrevenir luego el poderío musulmán subsistió el nombre, modificado según el genio de la lengua árabe, en Elbira ó Libira (1), que se aplicó á la provincia misma llamándola *cora* de Elbira, y también á la ciudad, que de este modo suena *medina* Elbira. En creer que ella era la mismísima Iliberri no debe vacilarse, pero con tal nombre solamente la registran cuatro ó cinco pasajes de cronistas arábigos, según adelante veremos; en los demás, la ciudad de esta provincia se llama Garnata, lo que no es óbice, pues los mismos cronistas, bien advertidos, expresan paladinamente que ambas eran una.

Había sido la invasión islamita en 711, pero no se recogería la tradición de aquellos sucesos hasta que Córdoba se hizo erudita con Abderrahmen II, de modo que la nomenclatura geográfica referente á ellos corresponde á uno ó dos siglos después, y acusa profundas alteraciones respecto de la clásica; así, Málaca es Reyo ó Reya, sin que conste el motivo; por el godo Teodemiro, su reino y la capital Orihuela se llaman Todmir; Urci se trueca en Pechina, España en Andalús, Betis en Guadalquivir, Aurgi en Jaén, y así también aparece Garnata, ó sea Granada, como sinónimo de medina Elbira.

---

(1) Lo segundo en Adabí (202 y 296), el Mocadasí (236) y Yacut (I, 348). El códice canónico escurialense transcribe de un modo erudito *Eliberritanae* por اليبيرة ó sea *Elíberra*.

Su conquista nos es conocida por una sola relación, inserta en el *Ajbar Machmúa* (págs. 10, 12); además, con alteraciones y cortes, la reproducen Abenaljatib dos veces (1), y Almacarí (I, 164, 166), atribuyéndola respectivamente á Abenalcutía y al Razi, y más abreviada la traen Abenadarí (II, 13), Abenalatir (V, 446), la crónica de Rasis, el arzobispo D. Rodrigo, etc.

Consta por ella que, rendida Écija en el mismo año 711, Táric segregó de su ejército destacamentos que envió el uno á Córdoba, «otro á medina Reya y otro á Garnata, [que es] medina Elbira... Avanzó el destacamento que fué á Reya tomándola, pues habían huído sus bárbaros á los montes inaccesibles y, juntándose (este destacamento) con el que se dirigía á Elbira, sitiaron su medina y la tomaron (por fuerza), encontrando en ella entonces judíos. Cuando sucedía esto en algún territorio, los juntaban en la medina del territorio y dejaban con ellos una tropa de musulmanes (para que la guarneciesen), siguiendo adelante el grueso del ejército. Así hicieron en Garnata, [que es] medina Elbira, y no lo hicieron en Málaca, [que es] medina Reya», etc. Lo transcrito entre paréntesis curvos es interpolación respecto del *Ajbar* en los otros copistas, quienes además sustituyeron el *medina Reya* y el otro *Reya* que sigue por *Málaca*, y aquella *medina* donde encontraron judíos por cazaba Garnata, aclaraciones que, por coincidir en todos, puede inferirse procederán del Razi ó Abenalcutía. En consecuencia, verosímil y autorizada parece esta mención de la

(1) Casiri, al publicarla (II, 252), según la *Lamha* de dicho autor, puso *medina Elbira ua Garnata.* Dozy sospechó si sería una mala corrección del editor, fundándose en que el códice de Oxford dice: *Garnata medina Elbira,* traspuestas y sin la partícula conjuntiva que hace dos poblaciones de lo que sin ella resulta una sola, y así es en efecto: El Sr. Simonet encargó á un joven amigo suyo cotejar el códice escurialense con la edición de Casiri, y entre otras muchas variantes halló la susodicha frase conforme con el ejemplar de Oxford y además repetida en el margen de igual modo. Quedan, pues, aniquiladas cuantas argumentaciones se han erigido sobre esta errata. De paso aclararé otra, deslizada por asimilación al transcribirse el propio texto, según la *Ihata*, en *Del lugar donde fué Iliberis*, pág. 6, nota, donde se lee *Garnata ua medina Elbira*, debiendo suprimirse la conjunción que no está en los códices.

Alcazaba granadina, como que es su barrio primitivamente amurallado, en donde se descubren grandes vestigios de ciudad romana, estatuas y dedicaciones de Iliberri en honor de Emperadores y de sus patricios ilustres (1). Así también es presumible que las palabras *Garnata* y *Málaca* en el *Ajbar* se interpolasen al texto primitivo.

Complementaria de la relación anterior, y sin contradecirla, como autores árabes más modernos pensaban, hallamos otra del Razi, copiada por Abenaljatib en su *Ihata* (2), y abreviada por Moauía, hijo de Hixem, según otros pasajes del mismo, en la *Introducción* á dicho libro (p. 17) y en su *Lamha* (Casiri, II, 251), y de Almacarí (I, 174), que son conocidos. El texto del Razi, que creo inédito y de gran valor para el esclarecimiento de aquellas campañas, dice: «Muza, hijo de Nocéir, hizo salir al suyo Abdelala, al mando de la infantería, hacia Elbira y Todmir; conquistó ésta y se acercó por ella á medina Garnata, la de los judíos, habiéndose pedido socorro por éstos contra los cristianos. Abdelala avanzó después hacia la cora de Reya, la conquistó», etc. Era dudoso en el siglo XIV si esta campaña la llevó á cabo Abdelala ó Abdelaziz, pero la capitulación con Teodemiro se ostenta firmada por el segundo en 94 (713). Lo interesante á nuestro propósito es saber que los de Granada hicieron armas contra sus opresores, á ejemplo de los sevillanos, y que un hijo de Muza les abatió para siempre, quizá con matanza de los revoltosos como en Sevilla y Niebla.

Hacia el año 743, el emir Abuljatar designó la comarca de Elbira para establecer á los soldados damasquinos venidos de Ceuta, á lo que se refiere un fragmento bien circunstanciado de

---

(1) Gómez Moreno M.: *Monumentos romanos y visigóticos de Granada*, 1889.

(2) Cod. escurialense; en la biografía de Abdelala, fol. 154, según nota que me comunicó el Sr. Simonet. Ocasión es esta de publicar mi gratitud hacia el que fué maestro en lo poquito que se me alcanza de lengua árabe, y amigo cariñoso, ávido en ayudar con su erudición mis estudios y generoso en franquearme toda suerte de materiales, en cuantía siempre mayor de lo que solicitara.

Abenhayán, y quizá también inédito, que dice: Alojó «á los soldados de Damasco con la gente de la cora de Elbira y sus distritos de Garnata, Xat, Xubilis, Berja, Dalía, Bego, Alcabdec, Lauxa y Yahsob» (1).

Poco después, en 756, cuando el emir Yúsuf el Fihrí huía de Abderrahmen, hijo de Moauia, se parapetó en Agranata, según Abenalcutía (12 v.) y el *Bayán* (II, 50), ó en medina Elbira, según Abenalatir (V, 378), lo que Abenaljatib precisa más diciendo fué en el refugio *(bimaquil)* de Elbira, [que es] hizn Garnata (2), mientras Abderrahmen, desde la alcaría de Armila en el campo de Elbira, entraba en tratos con su rival (3).

Las fortificaciones de Granada dícese que fueron reedificadas ó ampliadas entre los años 143 y 150 (760-767) por el gobernador de Elbira Ased el Xeibaní, si merece crédito el aserto de Conde (4), aun no comprobado por los modernos orientalistas.

El IX es el siglo de mozárabes y muladíes. La España musulmana tuvo su sabio en Abdelmélic el Solamí, nacido en Güete (5), provincia de Elbira; pero la cristiandad sojuzgada brilló más por su gran doctor Eulogio, á quien debemos interesantes recuerdos de nuestra ciudad en su *Memoriale sanctorum*. Allí escribió que el mártir Leovigildo fué «monachus Eliberi progenitus», y vuelve á nombrarla refiriéndose á otros dos, Rogelio y Servodeo, con nuevos pormenores, así: «Quorum unus Eliberi progenitus ex vico qui dicitur Parapanda... alter... in praedictam urbem habitaturus peregrinus accessit» (6). Parapanda se llama hoy una sierra á seis leguas de Granada al occidente; de modo que para Eulogio Eliberi no solo era la antigua ciudad, sino también su territorio, coincidiendo con los textos árabes. También Samson, en su *Apologético* (II, § 4) menciona al indigno obispo de Eliberi Samuel, y hacia el mismo tiempo Usuardo, que estuvo en Córdoba en 858,

(1) Cod. n. 2 de la Acad. de la Historia, según nota del Sr. Simonet.
(2) *Ihata*, II, en la biografía de Yúsuf.
(3) *Ajbar*, pág. 93.
(4) *Hist. de la dom. de los árabes*, parte I, cap. 18.
(5) Hoy, Huétor-Santillán.
(6) *Esp. Sagrada*, XII, 430 y 431.

consignó en su *Martirologio:* «Civitate Eliberi (1) (festum) sci. Gregorii episcopi et confessoris», atestiguando todos ellos que la ciudad subsistía con su propio nombre. Por fin, un siglo después, otro obispo de Eliberi, Recemundo, llamado entre los árabes Rabi, hijo de Zeid, inserta el mismo aniversario, á 24 de Abril, en su *Calendario* latino, traducción adicionada probablemente del de Arib, según el Sr. Saavedra, con estas palabras: «festum sancti Gregorii in civitate Granata» (2), y es elocuente que el cortesano prelado trocase el nombre antiguo por el más usual y quizá ya único, así como resulta que aun los mozárabes aceptaban el cambio, por cuanto su obispo á principios del siglo XII llevó el título de Granatensis (3).

Los años 880 á 912 estuvieron llenos de interés para los españoles andaluces: Omar, hijo de Hafsún, es el rey del Mediodía; sus hazañas y poder tocan en lo legendario, y la raza oprimida se conquista con él una independencia efímera, pero gloriosísima. Aquella guerra toma en la cora de Elbira un carácter vario y complejo: ya españoles aliados al hijo de Hafsún defienden como leones su bando; ya los árabes con ayuda de berberiscos se rebelan contra el Emir de Córdoba; ya muladíes y árabes luchan entre sí con fiereza y encono de un odio recíproco, ya también árabes contra árabes ventilando sus rivalidades de tribu.

Mientras tanto la gente de Granada jamás figura en tales luchas, y explícase bien, porque los judíos acreditado tienen que no necesitan de armas para medrar, y en cuanto á los mozárabes su condición social debía ser miserable, pues no habiéndose rendido la ciudad por pacto, los tributos excesivos y la opresión abatirían todo vigor; además, si eran buenos é ilustrados cristianos como los de Córdoba, sus esfuerzos redundarían en conquistarse el reino de Dios, sufriendo con mansedumbre y quietos la

---

(1) Según otros códices, Heliberri.

(2) *Esp. Sagr.*, XII, 171.—*Le calendrier de Cordoue de l'année 961.* Edic. de Dozy, 1873.

(3) *Historia compostellana. Esp. Sagr.*, XX, 225.

adversidad. En cambio, por su fortaleza, Granada ofrecía un refugio codiciable, y efectivamente, Sauar, hijo de Hamdún, el gran caudillo árabe, luego que derrotó al gobernador de la provincia, «adelantóse hacia hizn Garnata, al lado *(bialcarb)* de medina Elbira, subió á él y estableció su casa, reuniéndosele allí los árabes de la cora de Elbira», según consignó Isa, hijo de Áhmed el Razi, en un pasaje copiado por varios historiadores (1). Mas como hiciese guerra á los muladíes de Elbira atacando sus castillos, reuniéronse para sitiarle en Granada, tan confiados en sí, que increpaban á los árabes con estos versos de su poeta Abderrahmen el Ablí, bien conocidos:

«Entre ellos están sus mansiones solitarias y deshabitadas; el polvo corrió en ellas á merced de los huracanes tempestuosos. En alcalát Alhamra (el castillo rojo) maquinan sus injusticias, pero la destrucción de ella les envolverá; como se deshizo de sus padres allí dentro, mediante nuestros dardos y hechos rehenes apaciguadores.» (2).

Una preciosa noticia nos ofrecen, y es que el tal castillo inmediato á la ciudad y donde en otra ocasión habían perecido los árabes, era la Alhambra, andando el tiempo tan famosa, cuyos viejos muros aportillados obligaban á sus defensores á repararlos de noche con luz de antorchas, sin darse reposo á las fatigas del asedio. Un día salió Sauar contra los muladíes que, volviéndose desde el monte de Alfahar en su persecución, embistieron contra la puerta oriental de Garnata, donde se trabó fuerte combate; pero cuando su violencia era mayor, Sauar apartóse de los suyos con lo más selecto de sus caballeros y, atacando por la espalda á los españoles, produjo en ellos tal sorpresa y desconcierto que en su fuga se dejaron acuchillar á millares. Este desastre se nombró batalla de la Almedina y, añade Abenaljatib, como granadino bien enterado, que Sauar fué persiguiéndolos hasta la puerta de Elbira; es decir, hasta el sitio donde más ade-

(1) Biografías de Sauar, por Abenhayán, en sus fragmentos, f. 41; Abenalabar, *Holat* (ed. de Dozy, p. 80) y Abenaljatib, *Ihata.*

(2) Abenhayán, citando á Obada, poeta malagueño del siglo x.

lante se abrió tal puerta, al extender Granada el circuito de sus murallas.

Esto fué en 276 (889). A principios del año siguiente, Sauar, cogido en una emboscada cerca de Granada, es muerto y sucumben los árabes en una batida general. Más veces aún se habla de la ciudad por entonces: Abenhayán cuenta, sobre el año 279 (892) que, rebelados nuevamente los muladíes de Elbira, llamaron al hijo de Hafsún, el cual puso en estado de sitio su alcázar y le reforzó con tropas escogidas; mas, expelido de allí á poco, hizo guerra al árabe Said, hijo de Chudi, sucesor de Sauar, llegando hasta medina Garnata, la de los árabes, y debió tomarla, pues consta que, al año siguiente, el príncipe Almotárrif se detuvo en Garnata [de] Elbira, matando al gobernador puesto por Omar. Alli vivía Said cuando le asesinaron en casa de una judía su amada, y allí murió, en 291 (904), el alcaide Áhmed, hijo de Hixem (1).

Llegamos al siglo x, la floreciente edad de Abderrahmen III, en cuyo reinado escribieron Áhmed el Razi, su hijo Isa, Abenalcutía y Arib, á quienes se refieren los textos alegados. El primero de estos grandes historiadores dejó también la descripción de España, tan manoseada según su vieja traducción castellana, en la que se hace mención de nuestra ciudad en estos términos: «El castillo (2) de Granada, al que llaman villa de los judíos, et esta es la más antigua villa que en término de Elvira ha, et pobláronla los judíos. Et por medio de la villa de Granada va un rio que ha nombre Calon», etc. (3). Lo de su población por judíos ya sabemos que databa de la conquista, pero la otra frase acerca de su antigüedad es un precioso testimonio, abonado por Yacut (III, 788) y el Cazuiní (II, 367) que repiten el mismo concepto.

Vemos aquí en el siglo x atravesar á Granada por medio el

---

(1) Abenadarí; II, 145.

(2) En la acepción de plaza fuerte, *hizn.*

(3) Véase otra redacción equivalente en Mármol, *Hist. del rebelion*, capítulo III.

río Darro, y ocupando en consecuencia los dos montes de la Alcazaba y la Alhambra. Aquél, con su despedazado recinto, en apariencia anterior á lo moruno, es medina Elbira, la *civitas* ó *urbs Eliberi* de cristianos y judíos, la Eliberri clásica, según la arqueología y los testimonios alegados prueban concordes. El otro cerro, más erguido y fuerte, es hizn Garnata, con su alcalá Alhamra sobre el extremo de poniente, refugio de Elbira, al lado de su medina, residencia probable del gobernador de la cora y cuartel de los árabes; donde en tiempos godos hubo una iglesia, cuyas ruinas é inscripción aparecieron bajo los cimientos de la mezquita, y quizá pueblo ó suburbio romano, á juzgar por cementerios vistos en sus inmediaciones, sin que haya razón bastante á decidir fuese el *locum Nativola* (1). Respecto del nombre Garnata, ó mejor dicho Granata, pues así se pronunciaría, no daban los antiguos más explicación que su analogía con el del fruto que por timbre lleva, y en verdad, bien puede ser «los granados» su etimología.

El porqué este nombre se sobrepuso á Elbira eclipsándole, de suerte que todo era ya medina Garnata en dicho siglo, resulta lógico si advertimos que el barrio antiguo se obscurecía y mermaba, al paso que iba el otro en auge, habitado por los dominadores y hecho su plaza fuerte. Un ejemplo igual nos deparan los tiempos modernos: Andarax, ciudad del Alpuxarra, se repartía en dos barrios, Alhizán y Alaujar; pero creciendo este último en el siglo XVI hizo extensivo su nombre á la población entera, que se llama Laujar, y el antiguo quedó en uso tan solo para la taha ó distrito, exactamente como Elbira.

II.

Describiendo el Razi esta provincia, antes que á Granada nombra, según la traducción castellana, á «Cazalla, que en el mundo non ha quien la semeje si non Damasco que es tan buena como

(1) Gómez Moreno M.: opúsculo citado, págs. 9, 13 y 26.

ella» (1). Lo que aproximadamente coincide con un texto, en que Abenaljatib le cita, de este modo: «Y dice (el Razi) respecto de ella (la cora de Elbira), que de sus ciudades ilustres es la ciudad de Castilia, y ella es hádira Elbira, é inquirió de ella que no es comparable en bondad á cosa de país del mundo, ni le supera, sino es en cuanto á su campo el campo de Damasco» (2). Yacut (IV, 97) bebió en la misma fuente la señalada mención que hace de esta localidad y la nombra con toda precisión Castilia; pero el Dimixquí (243) pone Castilla y asimismo en el *Marácid* (II, 411).

No puede tampoco ser posterior al siglo x la biografía de un Abderrahmen, hijo de Afán, hijo de Muza, el Balauí, el Elbirí, fallecido en 208 (823-824), que Abenaljatib insertó en su *Ihata*, donde se lee este pasaje de gran valor referente á la misma y que puede reputarse desconocido (3): «Se estableció su abuelo en caría Ofila (افيلة), y ella es la conocida por caría Castilia, hádira Elbira, y su barrio se conoce hoy por barrio del Balauí.» Careciendo de vocales el otro nombre de la alcaría de Castilia, cabe también leerlo Ifila, Afila ú Ofeila (4). Respecto del sobrenombre, equivale, como ya sabemos, á *residencia de Elbira*, refiriéndose directamente á la ciudad ó bien á la cora, conforme decían campo de Elbira, algarbe de Elbira, castillos de Elbira, muladíes de Elbira, gente de Elbira, etc.

Abramos otra vez las crónicas del siglo IX: Abenhayán, en su biografía de Sauar, citando á Isa el Razi nos dice, que Yahya, hijo de Socala, primer árabe rebelde de Elbira, hizo paces con los ha-

---

(1) Según Mármol: «Y en estos términos está el castillo de Gacela, que ninguno semeja tanto á la ciudad de Damasco en riqueza como él, y en su término hay ricas piedras de mármol fino, blancas y negras y matizadas de diversas colores.» Lugar citado arriba.

(2) *Introd.* á la *Ihata*, pág. 15 de la ed. del Cairo.

(3) Cód. del Escorial, f. 188, según nota del Sr. Simonet, quien le tradujo en algún artículo; además imprimió el texto sin aclaración alguna el Sr. Eguílaz, en su referida monografía, p. 55, nota segunda.

(4) Nótese su analogía con Obeyla, despoblado en la vega de Íllora con importantes vestigios romanos.

bitantes de hádira Elbira; mas luego se concita contra Sauar la misma «gente de Castila y ella es hádira Elbira» (f. 41); y cuando á principios del año 277 (890) le matan, es llevado su cuerpo á hádira Elbira, donde las mujeres le despedazan y se comen sus miembros. En 278, perdida por el hijo de Hafsún la batalla de Poley, el emir Abdala descendió pacificando el territorio hasta Archidona, Alfontín (cerca de Loja) y Cástanla (sic) hádira Elbira (f. 76 v.), tomó rehenes de sus habitantes y en lo sucesivo parece no volvieron á inquietarse.

Pasando á Abenadarí, que compone en el siglo XIII su *Bayán Almogreb* con retazos de muy antiguos cronistas, y sobre todo de Arib, hallamos, que en el año 300 (912-913) Abderrahmen III llevó sus armas victoriosas hasta el corazón del Alpuxarra, coyuntura aprovechada por Omar, el hijo de Hafsún, para someter á hádira Elbira (II, 168) que perseveraba de parte de los Omeyas; mas el Emir envió contra él á uno de sus alcaides, que se le opuso al lado de medina Garnata derrotándole. De vuelta de su expedición, Abderrahmen atacó ciertos castillos que hacían daño á la gente de Garnata y de hádira Elbira.

Castilia era, pues, lugar de concentración y residencia para los musulmanes de la comarca de Elbira, atraídos por una razón poderosa, cual era su Mezquita algima (1), que allí fundó Hanax el Sananí, compañero de Muza, al tiempo de la conquista, y reedificada con suntuosidad por el emir Mohámed en 250 (864) (2). Además, en dichas revueltas aparece como núcleo poderoso de

(1) Así pronunciaban los moros de Granada esta palabra, y no *aljama*, como se transcribe ordinariamente, probándolo multitud de escrituras desde la Reconquista. Por ejemplo, en el tomo VIII de los Documentos inéditos, coleccionados por Salvá, se cita al «mayordomo de la Algima Quenebir»; y un apeo de aguas del Ayuntamiento de 1495, nombra «la Algima mayor de la çibdad»; en otro de 1506 constan la «mezquita de Gima Çenobra» y la «iglesia de Gima Taybin», y por último, refiriéndose á la propia mezquita de Elbira, un deslinde de Atarfe de 1572, da á la parte de sierra inmediata el nombre de Lalagima. Alguna vez también transcribieron la palabra *mezquita* por *almagid*.

(2) Abenaljatib, en la *Introducción* á la *Ihata*, p. 12; Dozy, *Recherches*, I, p. 331; Lerchundi y Simonet, *Crestomatia*, p. 41.

muladíes (mestizos) y muzlemitas (renegados), cuya muchedumbre menos es de extrañar aquí por la condición mísera de los nasaríes ó agemíes (mozárabes) eliberitanos, remediable con solo hacerse musulmanes ó emparentar con ellos, y es natural que los apóstatas cobrasen asco á sus antiguos correligionarios y se alejasen de ellos buscando anchuras y medro. Pero si la ley les amparaba entonces con derechos de ciudadanía, en cambio les aguardaban vejaciones y menosprecio por parte de los árabes de raza, altivos é insociables, explicándose así que para los de Castilia ellos fueron el único enemigo de muerte. Cuando el gobernador puesto por los Omeyas les hacía guerra, los muladíes le sirven; cuando el Emir se los atrae y perdona, los de Castilia niegan obediencia y se unen al hijo de Hafsún, no por amor á la libertad española, sino para exterminar á los árabes, y cuando al fin lo consiguieron se someten al Emir de Córdoba, desamparando al gran caudillo de su raza, mientras en las serranías de la provincia se dejaban matar los cristianos por su causa; que quien vende á Dios no es extraño que venda á los amigos.

Aquella misma población era, por su Algima venerable, un centro de cultura y devoción: allí florecieron doctos alfaquíes, jurisconsultos y predicadores, y su escuela era de las buenas del Andalús, como resulta por Abenalfaradí, cuyas biografías son á nuestro propósito valiosísimas, porque redactadas antes de 1012, en que su autor fué muerto por los berberiscos en Córdoba, dan testimonio firme de la nomenclatura geográfica de su tiempo. En ellas suena Garnata incidentalmente, como población y tumba de un alfaquí (I, 55 y 252; II, 12), y además con mucha frecuencia hádira Elbira (I, 26, 102, 243, 252, 253, 260, 335, 339 y 342); también se advierte que á veces abreviaba escribiendo sólo Elbira, en frases vagas que antes bien parecen referirse á la cora (I, 12, 144, 145, 263, 295, 335, 339; II, 21); mas cuando deseaba localizar bien, nunca olvida el *hádira*.

Insigne también es un testimonio de Adabí (p. 185) referente á cierto predicador, Áhmed, hijo de Amru el Elbirí, fallecido en 924, que fijó su morada en la hádira [de] medina Elbira, ó sea en la residencia aneja á la ciudad de Elbira, expresando bien

la distinción entre ambas localidades y mentando por vez última la segunda con su nombre propio.

El califato de occidente se derrumbó cuando faltaron Almanzor y su hijo para sostenerlo. En la guerra civil promovida entre los bandos que aspiraban á la herencia, uno de los generales, el berberisco Zaui, hijo de Zeirí, recibió en feudo como paga de sus servicios la cora de Elbira en 403 (1013-1014), y fué á poseerla á hierro y fuego contra sus naturales. La lucha del siglo IX había sido con una aristocracia pujante pero débil, que gracias al valor y disciplina de sus caballeros pudo mantener algunos años airosamente la defensiva: enemigos generosos, esclavos de las virtudes del desierto, y que en medio de sus lides rendían tributo á las artes de la paz, descollando á la vez como guerreros intrépidos, como narradores elocuentes y como cantores y poetas. Muy otros aparecían los berberiscos de Zaui, soldados fieros y rudísimos, que venían de saquear á Córdoba y degollar á sus habitantes, y cuya hacienda y porvenir radicaban en el despojo y muerte de los poseedores legítimos.

La hádira Elbira hubo de resistirles, pero su escarmiento fué terrible: el incendio asoló sus edificios y entre las ruinas hallaron sepultura sus defensores. Zaui conservó á Granada como punto de residencia, y al sucederle Habús, su sobrino, dióse aires de rey fijando allí la corte, rehizo sus construcciones, protegió la ciudad con nueva cerca de muro, y para engrandecerla forzó á los habitantes de la antigua hádira á trasladarse á ella. Así feneció el esplendor de Castilia, y hasta en el nombre sufrió gran menoscabo, pues el suyo propio había caído en desuso, y el de *hádira Elbira*, que ya únicamente le daban, se abrevió lógica y definitivamente en Elbira, cuando quedó pobre y todo lo absorbía Granada (1).

---

(1) Dozy estudia un proceso análogo referente á Jaén, nombre que primero se dió á la provincia, llamando por tal motivo hádira Jaén á Auria, la antigua Aurgi, y en el siglo X decae este segundo nombre sustituído ya por el de Alhádira, ya por el de Jaén, que prevaleció del todo. (*Recherches*, 3.ª ed., I, 314).

He aquí el texto más antiguo y completo donde estos hechos se refieren, que es del Edrisí, hacia 1150: «La ciudad de Agranata se renovó en los días de la guerra del Andalús y tomó incremento. Elbira fué la ciudad despedazada y extenuada; Habús el Cenegí sacó á sus habitantes desde ella á Agranata y la tomó por morada, afirmó sus muros y edificó su alcazaba» (1).

Á Habús sucedió su hijo Badis, en cuyo tiempo visitó á Granada Abenhayán, pero no es suyo, sino de Abenaljatib, como notó Dozy, el triste cuadro de la desolada Elbira, expuesto en su *Introducción* á la *Ihata:* el visir granadino llora ante su ruina, que atestiguaba todavía el pasado esplendor, singularmente en los restos de su gran Algima, cuyo mihrab mantenía el letrero alusivo á su reedificación, y da pábulo á sentidas meditaciones.

Mediando el siglo XIV vino también Abenbatuta, que escribió: «Alocab es un monte que se extiende fuera de Garnata; dista de ella unas ocho millas, y está á su lado la ciudad de Elbira, arruinada» (IV, 373) (2). Esta indicación más precisa respecto de su asiento complétase por nuevos datos, en Yacut (III, 788) y Abenaljatib, acerca de la distancia entre ambas poblaciones, pero con variantes, siendo justa la de dos parasangas y un tercio, que consigna la *Ihata*, ó sea siete millas. Además, el tantas veces nombrado Abenaljatib prueba su erudición diciendo que la tal Elbira se llamó en lo antiguo Castila. (*Introd.* á la *Ihata*, p. 11.)

Pero las ciudades, como los individuos, resisten tenazmente á la muerte, y Elbira no sólo perduró habitada, como declara la anterior nota, figurando como alcaría en el siglo XIV, sino que además junto á ella se rehizo otra, que por su situación se llamó

---

(1) Ed. de Leyden; p. 203.

(2) «Alocab y sus habitantes» fueron nombrados tres siglos atrás en un poema del alfaquí Abuishac el Elbirí, huído á Elbira desde la corte de Badis, hacia el año 1060 (*Recherches*, I, 285 y XLII). Hoy es la sierra Elvira, cuyo nombre árabe justifica su aspecto, alzándose abrupta y escueta en medio de la vega. Todavía en un apeo de 1505 se cita la *cudiat Alocab* como sitio de viñas lindante con la senda que va de Albolote al Atarfe, y por consecuencia en las estribaciones de dicha sierra.

Tarfe Elbira, ó sea *extremidad, cabo de Elbira* (1), y luego abreviando, Atarfe, con cuyo nombre dura. Llegó también la hora de que el Islam lo perdiese todo en España, y San Fernando estrechó tanto sus fronteras, que la Vega quedaba franca á las correrías de los castellanos; por recurso diéronse á fortificar sus alcarías con castillejos de refugio, y uno de ellos, probablemente sobre el río Cubillas, junto á Pinos Puente, se llamó hizn Elbira, hasta que el Rey Católico lo tomó y deshizo en 1486 (2).

Por fin, el sitio preciso de la antigua residencia nos es conocido con el nombre de *pago de Elvira*, todavía con casas en 1537, y cierto apeo consigna en él «un asiento de iglesia antiguo, que dicen que solía ser iglesia de Granada la vieja, que tiene siete marjales poco más ó menos» (3): hoy es el *secano de la Mezquita*, donde confirmando la tradición se han hallado grandes restos de la famosa Algima. Así ellos como los de casas que se descubren, prueban el fin desastroso de la ciudad, con sus piedras calcinadas, metales fundidos, objetos preciosos y monedas del tiempo del Califato, yaciendo entre carbones y cenizas, y por doquiera esqueletos insepultos (4).

A más de ello, algún escombro romano esparcido á nivel inferior que lo susodicho, un vasto cementerio y otras ruinas de casas, lejos de las árabes hacia los baños termales, indican haber existido allí mismo un núcleo anterior de población, cuya mag-

---

(1) Escritura de 616 (1219), según traducción antigua del Archivo municipal de Granada.

(2) Abenjaldún, en su *Autobiografía;* Ms. del Escorial publicado por Müler (pág. 20); Almacarí (II, 805) y Mármol, *Hist. del rebel.*, cap. III. Uno de los picos de la sierra Elvira se nombra hoy el Castillejo, mas los objetos descubiertos allí, hachas y cinceles de bronce y aros de plata, son prerromanos.

(3) Es de 1547 y del Archivo granadino de Diezmos. Granada la vieja llamó también al sitio Andrea Navagiero en 1526.

(4) Entre los antiguos reconoció además el sitio Luís de la Cueva en 1603. Todos los otros que ponían fuera de Granada á Iliberri, la confundieron con Ilurco, situándola en el cerro de los Infantes, más alla de Pinos, como se infiere por Hurtado de Mendoza, Antolínez, D. Fernando de Mendoza y aun Mármol.

nitud no puede hoy averiguarse; mas lo inerme del sitio, contra los ejemplos vecinos de Granada é Ilurco, previene mal para que le demos origen remoto. Al contrario, el abrigo de la sierra que por septentrión se alza, la fertilidad del campo vecino y sobre todo su manantial de aguas medicinales, bastarían á justificar prosperidad en días tranquilos, como los de la decadencia romana, á que precisamente corresponden dichos vestigios, según acreditan muchos signos cristianos y bronces de Maximiano, Constancio II y Arcadio. Además, aprovechados como materiales en un lagar de entonces, halláronse trozos de ara, una pequeña esfinge en relieve y otra piedra con el nombre de Domiciano, así como cierto mármol con dedicación á Antonino Pío servía de escalón en una casa de moros, y también romanas eran las grandes columnas de su mezquita (1). Con todo, ignoramos el nombre clásico de Elvira, que es de esperar declare algún día otra inscripción; mientras tanto hemos de atenernos al de Castilla ó Castila, indudablemente latino, á que autorizan los textos árabes.

28 Octubre 1904.

M. Gómez-Moreno M.

III.

NAPOLEÓN I Y NAPOLEÓN III,

POR

D. JOSÉ BAÑARES Y MAGÁN.

Es estudio histórico efectuado con la sobriedad de exposición que corresponde á una obra, cuya amplitud resulta escasa, si se la relaciona con la importancia de los sucesos en que intervinieron con acción directiva los dos emperadores franceses.

Sin duda, requería tal labor una amplia extensión, fundada en

(1) Sobre esto véase la monografía ya citada de mi señor padre, *Medina Elvira.*